**XXXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (AÑO C)**

San Leonardo de Noblac (o de Limoges), Ermitaño; Beata Cristina di Stommeln, Mística

2Mac 7,1-2.9-14; Sal 16; 2Tes 2,16-3,5; Lc 20,27-38

*Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor*

**COMENTARIO**

*Creer y vivir como hijos de la resurrección*

Hemos entrado en el antepenúltimo domingo del año litúrgico. La mirada se posa hacia las cosas últimas de nuestra vida, hacia el fin. La liturgia, por eso, nos ofrece un pasaje del evangelio en el que Jesús enseña una de las verdades fundamentales de la fe que profesamos cada domingo: la resurrección de la carne. Todos nosotros creemos en esto (¡espero que todos!) y, por consiguiente, no hay nada que agregar. Sin embargo, estamos invitados a acoger la belleza del relato evangélico de hoy y a vivir en profundidad la espiritualidad de la resurrección en Cristo. Para esto, es necesario hacer una *lectio divina* del relato, prestando atención a los detalles exegéticos importantes.

*1. La escena*

Hay que aclarar inmediatamente el contexto del pasaje para entrar en la meditación del episodio evangélico. Asistimos a la enseñanza que Jesús ofreció en el Templo durante sus últimos días en Jerusalén. El relato tiene la forma clásica del diálogo de “escuela”, en el que se discute la interpretación de la Torah (Atención: ¡la respuesta de Jesús se basa en una cita del Pentateuco!).

En lo que concierne al contexto temporal (descrito en el leccionario italiano y en otras lenguas con un genérico *En aquel tiempo*), el relato se ubica después del ingreso solemne de Jesús en Jerusalén y de su primera acción allí, la expulsión de los comerciantes del Templo (Lc 19,45-46); seguidamente se dice: «Y enseñaba cada día en el Templo» (19,47a). A continuación, se registra una serie de disputas con sus adversarios que son «los jefes de los sacerdotes y los doctores de la ley… también los jefes del pueblo» (19,47b). En la primera disputa, Jesús discute con todos sus adversarios sobre la autoridad de enseñar (20,1-8); en la segunda, sobre la cuestión de pagar los impuestos al César; en la tercera, Jesús discute con los saduceos sobre la resurrección (el texto de hoy). Sigue después el “contrataque” de Jesús que explicaba la verdadera identidad del Mesías, que es más grande que David, a partir de la Escritura (20,39ss).

La precisión del contexto del relato es una simple invitación al lector u oyente moderno: «Tú, que procuras meditar sobre esta enseñanza de Jesús, entra en el Templo de tu corazón donde Él enseña cada día. Primero expulsa del Templo de tu corazón a todos los comerciantes, es decir, todos los pensamientos materiales y mundanos, y, después, ¡disponte a escuchar Su sabia voz!».

*2. Los saduceos y su pregunta*

Para quien no conoce bien el contexto religioso de la época de Jesús, es necesario clarificar que los saduceos eran un grupo hebreo, al que pertenecían los miembros y sostenedores de las familias sacerdotales aristocráticas de la línea del Sumo Sacerdote Zadok (cf. Ez 40,46; 43,19). En el evangelio de Lc son mencionados solo en esta disputa con Jesús. Ellos, si bien reconocían la autoridad del Pentateuco y de alguna tradición profética posterior (no hay que confundirlos con los samaritanos que solo reconocían el Pentateuco), no creían ni en la resurrección (cf. Hch 4,1-2; 23,6-10), ni en la existencia de los ángeles (Hch 23,8). Estos eran puntos discutibles en la tradición escriturística de Israel, porque solo son afirmados en la tradición apócrifa y oral que los fariseos y la mayor parte del pueblo seguían. En particular, la idea de la resurrección es mencionada en los libros de Isaías y Daniel (cf. Is 25,8; 26,19.21; Dn 12,2-3), pero en referencia al resurgimiento colectivo (de la nación), mientras que cualquier esperanza en la salvación individual en el más allá se encuentra en algunos pocos pasajes (Job 19,25-27; Sal 16,9-11; 49,6; 73,24). La clara afirmación de la resurrección del individuo se atestigua solo en los apócrifos judíos, especialmente en 2Mac 7 (la primera lectura de este domingo), que es un texto griego fuera de la Biblia Hebrea. De cualquier manera, en los tiempos de Jesús no todos compartían la visión de la resurrección de los muertos (cf. Mt 22,23-33) y s constata alguna confusión al respecto. Por eso, los saduceos querían poner en ridículo esta creencia “popular” frente a Jesús y así humillarlo porque, según la percepción de los saduceos, él mantenía esta “fe”.

Así, presentando un “caso difícil” a Jesús, los saduceos lo llaman irónicamente “Maestro”, e introducen su discurso haciendo referencia a la ley de Moisés (“Moisés nos ha prescrito”). Aquí la antítesis entre Moisés y Jesús Maestro es sutil. Hay que recordar que Jesús era presentado como Maestro en el Templo, incluso a la edad de doce años (cf. Lc 2,41ss; 19,47; 20,1). Los saduceos basan sus argumentos en la ley mosaica, o mejor, en la práctica del levirato (cf. Dt 25,5-10; Gn 38,8-10; Rt 3,9-4,10). A partir de estas cosas, construyen un caso hipotético (el número 7 es símbolo de la totalidad), aunque la situación es mencionada en la tradición judía (por ejemplo, en la situación de Sara con sus siete maridos en el libro de Tobías; cf. Tb 3,8; 6,14) y en en tradiciones de otros pueblos (como la figura de la mujer “sát phu”, la “mata maridos”, en la tradición china vietnamita). El caso, por eso, resulta clásico, así como la solución bien conocida en el judaísmo para la pregunta final: la mujer será esposa del primer hermano (porque los otros solo han actuado *in sua vece*).

*3.* *Jesús y su enseñanza*

Como un maestro “hábil”, Jesús utiliza la ocasión para enseñar sobre la resurrección. Y lo hace con la autoridad de su persona y de la Ley de Dios, que sus interlocutores han usado. La respuesta está lógicamente construida y tiene dos partes.: la primera (vv. 34-36), corrige el error sobre la visión de la vida después de la resurrección; mientras que la segunda (vv. 37-38), subraya la verdad del *hecho mismo* de la resurrección.

En la primera parte, Jesús coloca en antítesis a “los hijos de este mundo” y a “aquellos que son juzgados *dignos del otro mundo*”. Esta es la única vez en la que el NT menciona al “otro mundo” para hablar de la realidad después de la muerte. El lenguaje es apocalíptico y judío, porque la expresión “hijos de…” denota la pertenencia a una realidad. Los “juzgados dignos del otro mundo” son aquellos “resucitados” para la vida eterna; son, por eso, de la “resurrección ***de entre*** *los muertos*” *o de la vida* (cf. Hch 4,2; 1Pe 1,3). Implica, por tanto, que existe otra categoría de quien debe vivir la “resurrección para la condenación” en el día “de la resurrección ***de los*** *muertos*” (cf. Dn 12,1-3; Jn 5,29).

La afirmación de que los resucitados para la vida eterna serán “iguales a los ángeles”, denota una igualdad en la dignidad, en la gloria de la imortalidad (no mueren más), y no tanto en la asexualidad. San Pablo explicitará que después de la resurrección, nuestro cuerpo “carnal” o “natural” se transformará en un cuerpo *pneumatikos*, “espiritual”, es decir, “glorioso” (cf. 1Cor 15,44; ¡lee y medita todo 1Cor 15!). Los hombres de la resurrección “no toman mujer ni marido”, porque todos viven en el amor de Dios (en Él, con Él y por Él) con tal felicidad e intensidad que la realidad matrimonial terrena en el amor recíproco y en la procreación se transforma a otro nivel, en aquel celeste y divino. Así, “siendo hijos de la resurrección, somos hijos de Dios”. Aquí tenemos de nuevo un lenguaje judío para designar aquellos que participan de la vida en Dios.

La segunda parte de la respuesta de Jesús, afirma la verdad de la resurrección con base al texto de Ex 3,6.15.16, que narra la revelación del nombre divino a Moisés. Se trata del evento más importante de la Biblia, porque Dios, por la primera vez en la historia de la salvación, revela su nombre, YHWH y, por eso, revela su identidad (porque el nombre en la mentalidad judía está intrínsecamente conectado con la persona que lo lleva). En este contexto solemne, Dios se presenta como el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob y, por eso, como San Lucas enfatiza, es llamado así por Moisés. Contrario a lo que mantenían los saduceos, usando tres veces la referencia a la muerte en su discurso, Jesús afirma la vida del hombre. La exégesis que Jesús hace del texto bíblico recalca algo muy original: Dios se llama a sí mismo el Dios de los tres grandes patriarcas, los cuales, si bien muertos en la historia, son retenidos por los judíos como vivientes en Dios (ver la parábola del rico y Lázaro, donde se ve a Abraham “viviente”), ciertamente Él no es el Dios de los muertos, sino de los vivos. Y si es así, entonces de seguro los muertos recuperarán la vida, es decir, resurgirán para vivir en Dios. Por tanto, la resurrección no es un hecho solo antropológico o antropocéntrico, que tiene que ver únicamente con el futuro del hombre (muerto). Es sobre todo una realidad teológica o teocéntrica, que concierne a la fidelidad del Dios de la alianza con el pueblo y con los “fieles” singulares. Entonces, la fe en la resurrección se muestra, en sustancia, como la fe en la fidelidad de Dios para con el hombre. A este punto, Jesús podría preguntar a cada uno de sus oyentes o cada uno de nosotros: ¿Crees también esto?

Hay que agregar que la razón última de Jesús a favor de la resurrección es “porque todos viven en Él”. Esto refleja el pasaje del libro apócrifo de 4Mac 16,25: «Aquellos que mueren por Dios, viven por Él, como Abraham, Isaac y Jacob, y todos lo patriarcas». A la luz de la certeza de la resurrección, “todos viven por Él”, sea en la vida que en la muerte. Por eso, surge una pregunta final al oyente: Y tú, ¿vives siempre para Él?

*Sugerencias útiles:*

**Catecismo De La Iglesia Católica**

**992** La resurrección de los muertos fue revelada progresivamente por Dios a su Pueblo. La esperanza en la resurrección corporal de los muertos se impuso como una consecuencia intrínseca de la fe en un Dios creador del hombre todo entero, alma y cuerpo. El creador del cielo y de la tierra es también Aquél que mantiene fielmente su Alianza con Abraham y su descendencia. En esta doble perspectiva comienza a expresarse la fe en la resurrección. En sus pruebas, los mártires Macabeos confiesan:

«El Rey del mundo, a nosotros que morimos por sus leyes, nos resucitará a una vida eterna» (*2 M* 7, 9). «Es preferible morir a manos de los hombres con la esperanza que Dios otorga de ser resucitados de nuevo por él» (*2 M* 7, 14; cf. *2 M*7, 29; *Dn* 12, 1-13).

**993** Los fariseos (cf. *Hch* 23, 6) y muchos contemporáneos del Señor (cf. *Jn* 11, 24) esperaban la resurrección. Jesús la enseña firmemente. A los saduceos que la niegan responde: “Vosotros no conocéis ni las Escrituras ni el poder de Dios, vosotros estáis en el error” (*Mc* 12, 24). La fe en la resurrección descansa en la fe en Dios que “no es un Dios de muertos sino de vivos” (*Mc* 12, 27).

**994** Pero hay más: Jesús liga la fe en la resurrección a la fe en su propia persona: “Yo soy la resurrección y la vida” (*Jn* 11, 25). Es el mismo Jesús el que resucitará en el último día a quienes hayan creído en Él (cf. *Jn* 5, 24-25; 6, 40) y hayan comido su cuerpo y bebido su sangre (cf. *Jn* 6, 54). En su vida pública ofrece ya un signo y una prenda de la resurrección devolviendo la vida a algunos muertos (cf. *Mc* 5, 21-42; *Lc* 7, 11-17; *Jn* 11), anunciando así su propia Resurrección que, no obstante, será de otro orden. De este acontecimiento único, Él habla como del “signo de Jonás” (*Mt* 12, 39), del signo del Templo (cf. *Jn* 2, 19-22): anuncia su Resurrección al tercer día después de su muerte (cf. *Mc* 10, 34).

**995** Ser testigo de Cristo es ser “testigo de su Resurrección” (*Hch* 1, 22; cf. 4, 33), “haber comido y bebido con él después de su Resurrección de entre los muertos” (*Hch* 10, 41). La esperanza cristiana en la resurrección está totalmente marcada por los encuentros con Cristo resucitado. Nosotros resucitaremos como Él, con Él, por Él.